

EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE CERVANTES, SEGÚN FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA, O UNA LECTURA CONVERGENTE ENTRE LITERATURA E HISTORIA³²

RICARDO
CUÉLLAR VALENCIA³³

Breve nota biográfica sobre el biógrafo

Francisco Navarro y Ledesma vio por primera vez la luz del día en Madrid el 4 de septiembre de 1869, y fallece en el cenit de la juventud allí mismo, el 21 de septiembre de 1905. Fue un brillante periodista y original cervantista español³⁴.

³² Capítulo cinco de la tesis doctoral *La poesía de Miguel de Cervantes visitada por siete biógrafos*, recientemente editada en dos tomos por *Caza de libros*, Ibagué, 2015.

³³ Poeta, ensayista, editor y profesor universitario. Sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana - UNAULA. poetaenmedellin@hotmail.com

³⁴ Ocupó el cargo de archivero por oposición, fue nombrado para dirigir el Archivo de Alcalá de Henares y el Museo Arqueológico de Toledo. Obtuvo la cátedra de retórica del Instituto San Isidro, en Madrid. En esta ciudad participó en la famosa e influyente tertulia del Nuevo Café de Levante, en la calle del Arenal, a la que asistían, entre otros, José Zahonero, Emilio Ferrari, Julio Puyol y el noventayochista Ángel Ganivet, de quien fue un gran amigo y con quien sostuvo una copiosa correspondencia epistolar; antes de suicidarse le envió una carta revelando sus intenciones personales. Se ha conservado su epistolario con José Ortega y Gasset, en el que puede verse como la lectura de la biografía cervantina de Navarro va impulsando la creación

Gracias a su amistad con Rubén Darío, el poeta le dedicó el poema *Letanías a nuestro señor don Quijote*, uno de los más sabios y bellos escritos en lengua española para celebrar al *Quijote* y a Cervantes, texto que hace parte de los *Cantos de vida y esperanza* (1905). F. Navarro Ledesma es autor de *Lecciones de literatura general* (1901), entre otros estudios³⁵.

Desde sus posturas en torno al Cervantismo, escribió la biografía de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, a partir de la lectura de los *Documentos cervantinos* (1897–1902,) reunidos por Cristóbal Pérez Pastor. Su recorrido biográfico es muy diferente a los anteriores y marca una nueva manera de leer las relaciones entre historia y literatura, como veremos.

Una lectura convergente entre histórica y literaria o las complicidades de las ficciones

El trabajo biográfico, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, escrito por Francisco Navarro y Ledesma, tiene una clara intención, aunque la disfraza con una máscara muy bien pintada, dado que al dirigir *Dos palabras al lector* y preguntarle si es cervantista de oficio o erudito de profesión, le aconseja no leer la obra, “donde nada y casi nada podrás aprender” (Ibídem: 1). Y agrega: “Pero si te contentas con amar a Cervantes y a la patria, llanamente y sin ismos comprometedores, yo te

orteguiana de las *Meditaciones del Quijote*, paralelamente a su rivalidad con la obra cervantina de Unamuno, así como con Leopoldo Alas, a quien conoció en 1889; pero la amistad con este último fue deteriorándose por las críticas de Navarro a “Clarín” en Gedeón, firmadas con el seudónimo Calínez, hasta el punto de que a fines de 1897 Navarro abofeteó al famoso novelista en las escaleras del Ateneo cuando vino a dar una conferencia. Tampoco se llevó bien con doña Emilia Pardo Bazán, a la que llamó “Pardo Bacín”. (http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Navarro_Ledesma).

³⁵ Destacado conferenciante, poco antes de morir participó activamente en el año del tricentenario de la edición de la Primera parte del *Quijote*, destacándose como el más activo organizador, en el Ateneo de Madrid, de cuya sección de literatura era presidente, y ofreció la disertación *Cómo se hizo El Quijote*. Fue uno de los fundadores de ABC y colaboró constantemente en varios periódicos: El Globo, El Imparcial, El Cardo, etcétera; y en diversas revistas: *Apuntes*, *La Lectura*, *Blanco y Negro*, *La Revista Moderna*, etc. Fundó junto con Royo Villanova y Roura la revista satírica *El Gedeón*. Murió de 36 años en Madrid, el 21 de septiembre de 1905 dejando varios trabajos en preparación. (http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Navarro_Ledesma, sin autor).

convido a que leas, porque, de seguro, los sucesos te interesarán cuando no te guste la manera como, según mi humilde posibilidad, los he contado” (Ibídem: 1).

Y para eludir gratuitas críticas comenta con claridad y precisión bibliográfica, archivística y documental:

Los testimonios en que se funda esta narración, donde nada hay de fantástico ni siquiera improbable, a mi entender, han sido publicados no hace mucho por el insigne literato don Cristóbal Pérez Pastor y algunos muy curiosos por el meritísimo profesor don Julián Apraiz... (y las consultas al) querido amigo el ilustre poeta, crítico e historiador don Francisco Rodríguez Marín (Ibídem: 1).

Con elegancia elusiva no desea confrontarse con los cervantistas y eruditos contemporáneos, particularmente en historia socio-política y de la literatura. La intencionalidad está aún más enmascarada en la idea del amor a Cervantes, a la *patria llanamente y sin ismos comprometedores* pues al final, casi imperceptible, deja la idea central: narrar de otra manera. Esa es la precisa propuesta, a partir de la documentación, información y lecturas al alcance: volver a leer todo, al mismo tiempo que releer la obra cervantina. Y esta propuesta, como se verá, busca establecer una compleja relación de vasos comunicantes entre realidades (socioeconómicas y políticas) y las literaturas correspondientes.

Por lo indicado, este capítulo se aleja, hasta cierto punto, de la mirada casi exclusiva del biógrafo sobre la poesía de Cervantes. Hemos seleccionado ciertos momentos narrativos que nos han parecido significativos con el fin de resaltar la nueva lectura de la vida y la obra de Cervantes.

Una de las plumas más esclarecidas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX que leyeron y pensaron la época de Cervantes es la de Francisco Navarro y Ledesma. A diferencia de los anteriores biógrafos, nos encontramos con un escritor que recrea la época desde distintos ángulos, con belleza y agudeza, permitiendo al lector enterarse de aspectos sociológicos, antropológicos, usos y costumbres, formas de vida, maneras de leer que hacen vivibles, desde la literatura misma distintos momentos de los que se ocupa.

La presencia de la tradición oral castellana no la deja en la definición abstracta pues prefiere las referencias sociohistóricas para permitir el acceso más claro a las ideas que desea el escritor que el lector aprecie, entienda y visualice. Escribió en *El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra* para dar a entender la ausencia parcial de la imprenta, dado que no llegaban los impresos de manera amplia a todos los rincones de los pueblos, y de cómo la trasmisión oral, por lo tanto, jugaba un papel primordial por entonces. Con gracia y precisión histórica, anota lo siguiente:

[...] No había entonces periódicos, porque era periodista todo el mundo: el mercader y el soldado, el fraile limosnero que recorría la tierra a pie mendigando y el pícaro del hampa, a quien convenía saber un punto más que el diablo. Lo cual es innegable antes del aparecimiento de los periódicos impresos dado que dichos personajes representaban en buena medida la sociedad en movimiento (Navarro y Ledesma: 4,5).

Quien conoce la dinámica de la vida social, económica, política y cultural de una época fincada en el cuerpo diverso de una sociedad determinada, y además cuenta con una voluntad de estilo diferente, le es posible escribir de otra manera. No deja que los datos se lean a secas, que se queden en la evidencia referencial que tanto costó a los positivistas y prefiere literalizar la información de tal forma que renueva la escritura en torno a la vida y obra de Cervantes y sus circunstancias. Logra establecer sin forzar nada una clara relación entre historia y literatura. Un ejemplo:

Allí (en Valladolid) nació, hacia 1555, su sexta hija, (del padre de Miguel), Magdalena. Allí, de seguro aprendió Miguel a leer y a tomar en la memoria los romances que, en los pliegos de cordel, se ostentaban y vendían en la acera de san Francisco y junto a las tapias de la Antigua; y allí escuchando la entonada habla de los tiesos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla, hidalgos en palabras y gestos entonces como ahora, se le pegó a la oreja el más sacudido y al par el más espeso castellano que se habla en el mundo, dicho sea sin ofensa de Burgos ni de Toledo (*Ibidem.*: 12).

Para el biógrafo Medina del Campo llega ser un espacio histórico de impar jerarquía histórica, por lo que en un momento dado de su narración se detiene en algunas consideraciones. Sabemos que Medina del Campo alcanzó a tener una singular importancia en la vida socioeconómica y cultural de España en distintos momentos. Medina del Campo es una población de la provincia de Valladolid, lugar con pasado romano y árabe. La ciudad tomó empuje en el trecho final de la Edad Media, cuando su Feria se posicionó a la cabeza de las actividades económicas de la Península Ibérica (*Ibidem.*: 15)³⁶.

El espacio céntrico de la ciudad es la Plaza Mayor, rectangular y amplia, donde se celebraban las ferias que dieron fama en Europa a Medina del Campo desde el siglo XIV. Los viejos nombres de las aceras (Armería, Joyería, Especiería, Mercería, etc.) perpetúan la memoria de aquella actividad comercial. Llama la atención cuando escribe este informado y esclarecido biógrafo al constituir las relaciones entre la vida socioeconómica y la cultural del lugar. Aquí su manera de establecer tales relaciones no se fundamentan en datos empíricos, sino en evidencias históricas que nadie puede desconocer y menos ignorar la segunda mitad del siglo XV de aquella memorable ciudad:

Llegaba la feria de Medina del Campo, y cruzaban la ciudad marchantes y compradores de todos los lugares de España y de allende, por el camino francés; pero los que a Miguel embelesaban y seducían eran, sobre todo, romancistas y oracioneros. El tropel de la vieja poesía épica de Castilla y el de los cielos caballerescos del Norte y de Oriente le entraba en el alma y se apoderaba de ella, señoreándole el intelecto y aprisionándole la memoria. ¿Quién duda que a los ocho o diez años soñaba el muchacho alcalaíno con el rey Artús y con el emperador Carlomagno, con los doce pares de Francia y con los caballeros de la Tabla Redonda? (*Ibidem.*: 12).

³⁶ Población amada por Isabel la Católica, sobrellevó las guerras comuneras y declinó a medida que el peso de la actividad económica de España se trasladaba hacia el sur y el Atlántico (auge de Sevilla y el tráfico con América) y la decadencia económica se engrasaba en el reino desde tiempos de Felipe II en adelante.

Supuestos nada fantasiosos si nos atenemos a la cultura predominante en la época de los años de la juventud de Miguel de Cervantes. Preocupaciones, lecturas que a ciertos jóvenes de entonces les pudieron ocurrir por múltiples razones y circunstancias. Por ello le es posible escribir a Navarro Ledesma lo siguiente:

Presentóse muy luego a su mente el cerrado escuadrón de los héroes antiguos, y por dicha suya y de la Humanidad, no eran aquellos tiempos muy distintos de los otros en que floreció la caballería. Aborrecido el emperador, cuando joven, por toda España, sus bizarrías homéricas fueron ganándole los ánimos. Aquí y allá iban saliendo nuevos paladines, tanto más hazañosos que los del Romancero, y nuevas Caballerías andantes llenaban el mundo con la gloria de España. Los caballeros de América, los de Italia, los de Flandes... Hernán Cortés, el duque de Alba, el señor Antonio de Leiva, don García de Toledo, Pescara, Navarro, eran los Amadis y los Esplandines, los Rolandos y los Cides de la nueva Era; y en Valladolid, antes que en sitio alguno, resonaban y repercutían todos los gritos de gloria con que se desayunaba, comía y cenaba a diario el hambriento pueblo español. Para que nada faltase al gran libro de Caballerías, el héroe César, antes de envejecer, se retiraba a Yuste, y en pos suyo seguía una estela de consejas y cuentecitos poéticos, que agrandaban su figura al dejarla esfumarse en la penumbra del bosque, bajo el sayal fraileco. Moría el emperador, y ocupaba el trono su enigmático hijo, a quien no habían querido los flamencos, a quien habían desechado los alemanes y a quien los ingleses no estimaron, tras haberle causado el desplacer de hacerle casar con la feísima reina María. Nuevas Iliadas se veían asomar por el Océano Atlántico, al saberse la enemistad de Felipe con la reina virgen Isabel de la Gran Bretaña, y por el Mediterráneo, al sentirse cada vez más insoportable la osadía de los corsarios argelinos (*Ibidem.*: 13).

En el caso de los primeros estudios del joven Cervantes, apunta y comenta Navarro Ledesma algunos detalles hasta entonces desconocidos. Las referencias a los libros de los clásicos son asumidos con erudita y necesaria precisión. Pero no solo eso. Para nuestro biógrafo, la información

erudita no se reduce a la cita libresca, para convertirse, en su caso, en una lectura desde adentro de la escritura de Cervantes y de los clásicos latinos, logrando que el encuentro de los escritores sea una real convergencia literaria, o una relación intertextual ajustada a sus planteamientos:

Había en Madrid un estudio costeadado por el cabildo o concejo de la Villa: se enseñaba en él gramática latina y castellana, y estaba dividido en tres secciones, con arreglo a la edad de los alumnos. En la de mocitos o medianos debió de entrar Miguel, entre 1561 y 1562. Acaso oyó las lecturas y explicaciones del licenciado Vallés, quien se retiró de la clase en octubre de 1562, *por haberle atacado la lepra*, según se dijo en el cabildo, si bien era costumbre dar ese terrible nombre, cuando de personas graves se trataba, a la moles-tísima y vulgar sarna perruna, de que pocos seres elegidos se veían libres entonces.

Para sustituir a Vallés fue elegido el licenciado Jerónimo o Hierónimo Ramírez, discreto y elegante poeta latino, de cuya patria y vida solo se conoce una versión recogida por el doctor Jorge Cardoso, que, en su *Bibliotheca Lusitana*, le supone hijo de Évora. El licenciado Ramírez, ayudándose con la gramática del maestro Elio Antonio Nebriense y con el vocabulario de maese Rodrigo Fernández de Santa ella, imbuyó a Cervantes el conocimiento de los clásicos latinos. De ellos recordaba Miguel no pocos versos y pasajes sueltos, aunque no con tan feliz memoria, siéndolo mucho la suya, que no achacase a Catón el dístico *Donec eris felix multos numerabis amicos*, etc., que es de Ovidio, en la sexta elegía del libro I de las Tristes, ni dejase de confundir a la ninfa Calipso de Homero con la Circe de Virgilio, ni se trascordara al citar el *Non bene pro toto libertas venditur auro*, que es de la fábula esópica *Canis et lupus*, y él atribuye a Horacio o a quien lo dijo.

Probado y visto está, no obstante, que Miguel supo y entendió muy lindamente la lengua latina y si no compuso versos en ella, fue capaz de componerlos y aun quizás le indujera a ello el maestro Jerónimo Ramírez, a quien ya desde entonces le escarabajaba en el magín cierto poema latino que publicó en 1592 con el título *De raptu innocentis Martyris Guardiensi*, donde en hexámetros

pulquérrimos cuenta la crucifixión del niño toledano Juanito por los infames judíos de La Guardia y de Dosbarrios Benito García de las Mesuras, Hernando de Rivera, Pedro y Juan Garci-Franco, Juan Gómez y otros que fueron quemados en Ávila (*Ibidem.*: 14).

Y ahora viene el encuentro con la literatura clásica, comentada no con el socorrido temple y tufo erudito, más si con la presentación humana y temática de cada autor:

Por boca del licenciado Jerónimo Ramírez y envuelto en sus reposadas razones, apreció a Cervantes y le alumbró con extraña claridad el mundo clásico. Pronto le fueron conocidos y familiares la serena faz de Horacio, el bello semblante de Virgilio, atezado en la guerra y en el *aratecavate*, la contristada figura de Ovidio, el enamoradizo. Cómo estos hombres y sus obras se mezclaron en el espíritu de Miguel, con los hombres y las obras de la heroica leyenda andantesca y del Romancero, y con los hombres y las obras que paría la realidad en su propio épico siglo, ¿quién podría puntualizarlo? Solo se tiene por cierto que la humanidad amable de Horacio le hizo operación a la edad debida, porque es Horacio el poeta de los cuarentones: que las marrullerías amorosas y las plañidas tristezas de Ovidio le causaron menos efecto que los devaneos mitológicos de su *Metamorfosis*; por fin, juzgase como averiguado que quien se le quedó en el corazón reinando triunfal fue el mantuano Virgilio, cuyas huellas hondas, en el barro del camino que sube al Parnaso, sirvieron de horma a las plantas de todos los grandes creadores del Renacimiento. Como Dante pudieron todos ellos exclamar: *Tu duca, tu signor e tu maestro* (*Ibidem.*: 14).

No puedo dejar de citar las siguientes aseveraciones muy bien traídas, lectura que antes se había pasado por alto y que ahora se realiza gracias a esa relación que Navarro y Ledesma establece entre historia y literatura, desde un serio e instruido conocimiento de uno y otro espacio, “y Cervantes pasó la vida entera entre los dos grandes amores virgilianos, el campo y las armas, ya ensayando la silvestre avena como Títiro, *lentus*

in umbra, ya cantando *egressus silvis*, los combates del errante piadoso paladín que a Eneas y aun a Aquiles aventajó” (*Ibidem.*: 14).

Para un lector atento, desde niño, como fue Cervantes, no es difícil suponer el encuentro con la literatura que por entonces se le ponía en las manos y que él supo abordar con particular afinidad. De ahí las siguientes afirmaciones de un lector de fines del siglo XIX:

La revelación que el clasicismo es para todo espíritu mozo llovió sobre mojado en el alma de Miguel. A veces se pasaba horas y horas luchando con las aventuras y los lances del piadoso Eneas, y, rendido por la fatiga, tornaba los ojos amorosamente al querido Amadís de Gaula, al incomparable, al único y solo despertador de las grandes energías españolas; y sin saber que Ignacio y que Teresa le habían devorado también cuando mozuelos, sentíase grande y capaz como Ignacio y Teresa juntos. Lejos huían las borrosas imágenes de los héroes latinos y griegos, y la romántica estampa del Doncel del Mar crecía gigantesca. En una lejanía confusa se ensoñaba la gloria.

Miguel tenía quince años (*Ibidem.*: 14).

Entretanto, por acuerdo de la misma doña Leonor, don Rodrigo y sus hijos Andrea, Magdalena, Miguel, Rodrigo y Juan se trasladaron a Sevilla.

La descripción lírica del viaje de los Cervantes y en exclusivo del joven escritor en ciernes es, además de bella, una lectura del momento que recrea la experiencia del viaje, desde el conocimiento de los lugares hasta las inquietudes que supone con fundamento del muchacho. Lo que llama la atención es la manera original, literaria, como el biógrafo más allá de la certidumbre recrea las condiciones de ese viaje con la innegable y fina pluma de un cronista romántico que sabe apoyarse en las lecturas de la obra de Cervantes y en el conocimiento físico y natural del devenir histórico de la región por donde transitan los viajeros para figurase lo que desea contar.

Quien no se haya fijado alguna vez en las llamas de curiosa y ardiente inquietud que brotan en los ojos de esos muchachos cuya

familia anda errante de ciudad en ciudad, sin encontrar oportuno acomodo, no podrá imaginarse el estado de exaltación en que Miguel se hallaba cuando emprendió el camino de Sevilla entre 1563 y 1564. Un camino largo a pie o a Caballo y cuatro o seis noches en posadas y ventas enseñan y ensanchan más el cuajo que siete cursos académicos. Paso tras paso, cruzó la caravana de los Cervantes la grave y cruel llanura manchega. *Imposible no entender y compartir* que allí vio Cervantes por primera vez brotar el sol de la tierra como si de ella fuese fruto, y hundirse en ella, como si tras el horizonte no hubiese más mundo conocible; porque allí no nace el sol mandando como corredores y mensajeros de su venida haces de nubes doradas que cairelen los picos y dientes de los montes. No hay montes, parece que el mundo es llano y se acaba en las veinte leguas a la redonda, que alcanza la vista; y cuando la noche viene, el desamparo de la creación desolada es abrumador. La llanura cría los grandes valores, los arrojos ciegos, las fes inextinguibles. ¡Qué lugar limpio y claro –pensaba Miguel– para un combate entre gigantes y caballeros! ¡Qué espaciosidad para una batalla entre ejércitos de innumerables combatientes! ¡Cuál se revolverían los hipogrifos clavando en el polvoriento terruño sus garras y meneando sus colas escamosas y batiendo sus alas ganchudas! Aquí, no hay temor de asechanzas, emboscadas ni trampantojos, como en terrenos quebrados o en boscosos montes. Aquí la valentía del corazón y la fuerza del brazo triunfan sin otro artificio. ¡Oh, tierra de poema; oh, tierra de andantes caballerías! Y al cruzarla Miguel repasaba en su memoria, no ya los latinados adalides de los poetas clásicos, sino los duros barraganes del romancero; y con la crudeza y asperidad del terreno le crecía el ya hambriento corazón.

No hay que dudarlo: Pasada Sierra Morena, imágenes nuevas, desconocidas, se le presentaban. Ya el rayo del sol era una halagadora caricia, ya el soplo del aire un aliento perfumado y puro y el sonreír de las mujeres, rayándoles de blanco el oro de la morena faz, alegraba la vida y su habla ceceosa, arrastrada, era música a los oídos. La hembra, como el sol y como el aire, se revelaba al ávido Miguel, quien iba atracándose de vida. Retozadora alegría le brincaba en el cuerpo al ver que en el mundo había más y mejor que la adustez vallisoletana y que el oficial ajetreo de Madrid. Líneas

interminables de esmeraldinas y agachadas chumberas partían las heredades. En procesión solemne, formados a marco real, ostentaban los olivos sus grandes cabezotas reflexivas. En vagos e indisciplinados pelotones trepaban por los oteros y alegraban las colinas los naranjos, dejando asomar entre el follaje arropadas sus promesas de oro. *Y así la pluma romántica:* Las agudas pitas, como gitanas garbosas, dejaban desceñirse y caer al suelo en jirones verdes y amarillos los faralaes de su graciosa vestimenta. A pocas jornadas, haciendo recodos, jugueteando con el paisaje, apareció el rey de los ríos, el claro, el gracioso, el noble Guadalquivir, de corriente mansísima en la que naranjales y saucedas se miraban. Miguel corría de gusto, triscaba, bromeando con su hermana Andrea, moza de veinte años y de bellísimo parecer. Miguel sentía la virilidad victoriosa: era un hombre hecho y derecho.

Por fin, cierta hermosa mañana, en que el sol se repartía afable, igualitario por cima de todas las cosas y los seres, vio en lo más lejano de una dilatada llanura, junto al río, amplio manchón blanco. Acercándose poco a poco, se veía señorear la ciudad, una cosa extraña, bella a no dudar, que de lejos semejaba un árbol de oro, y más cerca una hermosísima gigante desnuda, con todas las rosadas carnes al aire, y, por último, se conoció ser la Giralda, la torre que ríe. Mirando hacia la izquierda vio Miguel surcar la llanura, al parecer, pero en realidad el río, oculto entre las frondas, unos altísimos palos con unos blanquísimos lienzos blandamente agitados por la brisa. Eran galeotas, bergantines, falucas que en el Guadalquivir se ajetreaban. Las penas y pesadumbres se habían acabado. Miguel se encontraba en Sevilla (*Ibidem.*: 15,16).

Exquisita descripción de un viaje

La visión romántica del escritor le permite ver la naturaleza en sus fuerzas desplegadas frente a las inquietudes y los deseos del viajero. Uno de los aportes del romanticismo fue, precisamente, el de indagar las relaciones entre la naturaleza (realidad) y los mundos de la subjetividad de los individuos. El diálogo entre las realidades y los deseos, la naturaleza y las pasiones empieza a ser una relación de mucho interés para quienes desde una visión amplia, entrañable y rica del romanticismo, pretendieron

entender la vida y escribir literatura. Por ello los alemanes fueron prontos y esclarecidos lectores del Cervantes renovador de lo bucólico y pastoril. Asunto hoy llevado a niveles de creación y reflexión de mayor calado, gracias a los aportes de los maestros del Romanticismo.

Cervantes y sus relaciones con Mateo Alemán, Lope de Rueda y Getino de Guzmán

El estilo literario de F. Navarro Ledesma, nacido en las aguas frescas del romanticismo, en lo fundamental, es diferente a todos los que lo anteceden en el tratamiento de la vida y la obra de Cervantes. Y digo *aguas frescas* más allá de las pretensiones de los que clasifican la literatura, pues el buen romanticismo no se enclaustra en fechas ni taxonomías, sino en búsquedas y resultados. Nos parece que él parte de un conocimiento efectivo de la época cervantina y, sabe, en especial, mezclar la vida y la obra del alcalaíno en un discurso renovador donde no es posible hablar de una gratuita fantasía o cosa parecida, como lo ha supuesto Jean Canavaggio. Este escritor, Navarro Ledesma, sabe escribir desde el conocimiento de la historia, de las costumbres de la época, de la vida de los escritores y obvio, deja llegar a su pluma juicios muy personales, discernidos, en este caso, sobre Cervantes. Nos ha sorprendido su escritura ágil, esclarecedora, crítica y bella prosa (romántica), teniendo en cuenta toda la información que le ha sido posible acopiar, para contar cosas sabidas, de otra manera, desde la literatura histórica, o desde la historia crítica, sin menoscabo de la certeza histórica y literaria. Aunque su entusiasmo lo lleve a ciertos excesos laudatorios.

Leamos su relato de la relación de Cervantes con Mateo Alemán:

Entre ellos conoció a un cierto Matihuelo o Mateo, que era de los avispados del estudio: mocito despabilado, inventivo, fecundo en trazas. Contaba él de sí mismo haber nacido en el cautiverio de Argel, por hallarse su madre en prisión de los piratas berberiscos, sin que, una vez libertada la buena señora, volviese a tener noticias de su marido, que en la isla de Córcega quedó. A este propósito enredaba mil ingeniosas patrañas, con paz y contento de quienes

le oían, porque en la hermosa indulgencia de la gran Sevilla poco más o menos valor tienen la mentira y la verdad. Entre los otros muchachos se susurraba que Mateo, por apellido Vázquez, era hijo de un gran señor eclesiástico, a quien llamaban don Diego de Espinosa. Mateo y Miguel se encontraron muchas veces camino del estudio. Miguel y su familia habitaban en el barrio del Duque, donde se alzaba el suntuoso palacio de los Medina-Sidonia, tan grande y rico, que al llegar Felipe II a Sevilla preguntó si no era el palacio real aquél, cómo tenía él un vasallo bastante poderoso para gozar tan espléndida mansión. Los dos amigos solían encontrarse y pasear juntos; el uno, hijo de un humilde cirujano, el otro, que ni siquiera conocía a su padre, pronto se vieron ligados por esa estrecha amistad en que fanáticamente se cree antes de los veinte años. Miguel le recitó a Mateo los inmortales versos de Garcilaso; Mateo a Miguel los de Fernando de Herrera (*Ibídem.*: 18).

La historia literaria y la formación de los dos jóvenes escritores le hace posible la última afirmación, sin la manía del dato.

Las siguientes y variadas descripciones son de una certeza histórica, vital, humana y literaria para la época cervantina; antes no conocida o indicada por los biógrafos del escritor, que no podemos dejar de leer con suma atención gracias a que recrean hechos y sucesos históricos con la presencia viva de la literatura del momento, y las maneras de ser de actores y espectadores, por una parte, y por la otra, logra, con su método renovador, establecer relaciones de vasos comunicantes entre literatura y vida literaria, biografía y autores teatrales, crítica literaria y presencia literaria. Es el caso, de un maestro como Lope de Rueda y el expectante joven Cervantes. Las referencias, por ejemplo, que Cervantes realizó sobre su maestro son traídas con la clara precisión del investigador y la delicadeza auscultadora del biógrafo, sin menoscabo de la historia literaria: todo lo contrario, esclarecedor. Enriquece la lectura de la relación de los dos escritores en tanto que desde adentro de la obra de Lope de Rueda lee el momento histórico, es decir, la ficción literaria como escenario de la ficción histórica. La ficción literaria dibuja una realidad que permite ver la otra: la real, esa otra que también, en otro sentido, es ficción. Encuentro de ficciones como sucede en el propio Cervantes. El maestro.

Y llega a reflexiones de una brillante lucidez que acredita su condición de cervantista como la siguiente refiriéndose a su biografiado: “Bien claro está cómo se le quedó albergada en el corazón desde entonces para siempre la más alta calidad literaria, la que solo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad a Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva a los hombres del olvido” (*Ibidem.*: 21).

Leamos las descripciones que dan cuenta de la muerte diaria, observada o vivida por entonces:

El quemadero del campo de Tablada para los perseguidos por la Inquisición, y la horca de la plaza de San Francisco para los condenados por la justicia civil, eran dos espectáculos gratuitos a la mocedad, y dos aulas al aire libre donde a grandes y chicos les daba casi diaria lección la muerte, no estimada en más ni en menos que la vida. Las muecas de un ahorcado, los gestos de un sambenitado, la paciente resignación de una alcahueta emplumada o enmelada eran plato de gusto tan sabroso como las regocijadas farsas y los pasillos del gran Lope de Rueda, que por entonces quitaba la amarillez y las ojeras a los tercianarios de toda España (*Ibidem.*: 20).

También aparecían otros personajes reales, propios del devenir de los días, como otros ficcionales, nacidos y vivos en la literatura:

Tanto como verle representar el bobo, el negro o el vizcaíno, era interesante y curioso para los mozuelos como Miguel, metidos de hoz y de coz en aquella vida intensa y abundante, de que hoy, encanijados y temblones, no tenemos idea, salir a las afueras, ya hacia Brenes, ya hacia Castilleja o la Algaba, y ver cómo se pudrían al sol implacable las enjauladas cabezas y los colgantes miembros de los descuartizados, a quienes por entretenerse, muchachos, arrieros y caminantes solían tomar como blanco de sus hondas, saltándoles los ojos a pedradas; o bien, junto a la riqueza que preñaba los vientres de las galeotas y al par de los fardos en donde Italia, Oriente y las Indias enviaban sus más ricos presentes, ver cómo perecían roídos por la miseria, carcomidos por

la peste, agarrotados por las bubas, consumidos por el cáncer o simplemente extenuados por el hambre, tantos y cuantos hombres a quienes casi todos los días se recogía muertos por las calles, sin que sesenta o setenta hospitales y casas de caridad, repletos siempre, pudieran recibirlos (*Ibidem.*: 20,21).

Nos permite este biógrafo de manera suculenta percibir una realidad cotidiana marcada por la presencia ineludible de la muerte, de tal manera que pareciera real, sin dejar de ser ficción, en cierto sentido. Quienes han estudiado la vida en Sevilla durante la segunda mitad del siglo XVI saben muy bien, entre otras cosas, de la presencia allí de la muerte en múltiples formas. Para los fines históricos-literarios que se propone el biógrafo escribe:

La necesidad cotidiana ya no era un secreto para Miguel cuando llegó a Sevilla, pero solo en Sevilla pudo hacer el cotejo de las grandes opulencias con las miserias últimas; solo allí entró en contacto diario con las asperezas del vivir y del morir, y se hizo a mirar con semblante animoso cuanto después presentársele pudiera. Los que no hemos visto un muerto hasta que teníamos treinta años, los que huimos de los hospitales y de los patíbulos, de las tascas y de los chamizos donde la miseria hierve, no podemos ni debemos alardear de que hemos visto vida ni darla de que conocemos a los hombres. Ved aquí al más grande ingenio que ha engendrado España, ya desde los diez y siete años hundido en la realidad, viendo todas sus lacerias, palpando sus llagas, oliendo sus pestes, oyendo sus ayes, paladeando sus amarguras. Seguid sus pasos por las angostas calles de Sevilla. Camina sin rumbo, como quien sabe que doquiera ha de encontrar algo que le importe y cautive. Es un mozo rubio, delgado, de abierta fisonomía, de ademán resuelto, terciada la gorra, prevenido el estoque. A los pocos pasos ve encaminarse hacia la iglesia de San Miguel un lúcido cortejo, al que precede y sigue chilladora escolta de muchachos (*Ibidem.*: 21).

El devenir de los sucesos es posible palparlos, incluso el de ciertos personajes que hacen parte de la vida real:

Es un bautizo de los de rumbo. En medio de la turbamulta descuella la vara alta, el sombrero a la chamberga, la blanca gorguera y el barbudo coramvobis del señor don Sancho, alguacil mayor de la ciudad, quien marcha a pie, sudoroso y embarazado con el embeleco de la capilla de velludo y del gorguerón, arambeles engorrosísimos en el día, que es de los calurosos del verano, el 18 de julio de 1564. Acompañan a don Sancho su teniente mayor Alonso Pérez y la habitual ronda volante de alguaciles, porquerones y corchetes, unos con gorras, otros con sombreros, quién con vara, quién con espada, de ellos con dagas de ganchos al cinto, de ellos con el acero en la mano o bajo el brazo por no tener cinto ni tahalí. Junto a don Sancho van el rico sevillano don Pedro de Pineda, a quien Miguel conoce por ser vecino suyo, y el respetable oidor Hernando de Medina, todos gente de suposición y de posibles. A Miguel no deja de sorprenderle tan gran aparato para un bateo... (*Ibidem.*: 21).

Y es que todo ello cobra su propia realidad en la literatura, de manera singular en las obras que ha escrito Lope de Rueda y que el joven Cervantes, algunas de ellas, ha visto representadas. Además nos exhibe al autor teatral en su presencia familiar, íntima...

[...] pero su sorpresa se cambia en admiración vivísima, al ver que el protagonista de toda aquella procesión es ¡quién lo pensara! el gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y el entendimiento, hombre excelente y famoso. Sí, sí, Lope de Rueda es; aquellos son sus ojillos hirvientes de malicias, aquellas sus barbas cerradas y ya canosas, aquel su inquieto semblante. Miguel recuerda entonces que en el barrio se comentaba la alegría del gracioso representante al saber que iba a ser padre y lo que se decía de su mujer Rafaela Ángela, de quien aseguraban algunos que no se llamaba así ni era valenciana, como decía el propio Lope, sino que era una danzarina andariega a quien su marido conoció hallándose ella vestida de hombre, como paje, en el servicio del melancólico y entristecido señor don Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, quien pasaba años ante sus hipocondrías negras en el palacio de Cogolludo, sin que nada le contentase ni le diera consuelo, sino

los cantares, danzas, chistes y meneos de la endiablada mujer... Decíase también que la tal se llamaba Mariana o algo así, y que, habiendo servido sabe Dios cómo y en qué por más de seis años al duque, no cobró de él ni un maravedí, por lo cual hubo pleito que ella sostuvo, ya casada con Lope de Rueda. Como quiera que fuese, Lope de Rueda era el hombre más popular de Sevilla, el que mejor entretenía a sus conciudadanos, y aquel a quien éstos debían sus más sazonadas horas de regocijo. «Fue admirable en la poesía pastoril, y en este modo ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja». Y ¿qué diversión podía haber para las gentes de complicada y enérgica vida que poblaban la ciudad como aquellos sencillos y amorosos coloquios de Cilena y Menandro, y sus galanas frases de rebuscada y artificiosa simplicidad?

Anday mi bronco ganado
por la frondosa ribera,
no vais tan alborotado,
seguid hacia la ladera
deste tan ameno prado.
Gozad la fresca mañana,
llena de cien mil olores,
paced las floridas flores,
por las selvas de Diana,
por los collados y alcores...
(*Ibidem.*: 21,22).

No se reduce la escritura del biógrafo en entablar las relaciones posibles entre la realidad ficcional de Lope de Rueda y la realidad real que observa el joven escritor en ciernes, Cervantes. Va más allá. Es preciso al indicar que la poesía heredada del Renacimiento no deja de ser acartonada, gracias a las imitaciones o agotamientos formales de los clásicos griegos y latinos y las reminiscencias del mundo sagrado de la Biblia, todo realizado, consumido, en lo formalmente académico. La palabra de Lope de Rueda va a retumbar en los saberes sensibles del joven alcaáino para no quedarse en aquellos cantos alejados de la vida. Ahora, con la obra del hombre de teatro, la realidad se escuche desde sus venas reales, desde la otra orilla, la literaria:

Oía Miguel, todo oídos, y veía, todo ojos, las tales farsas infantiles, donde está en esencia y embrión todo nuestro teatro: la comedia Medora, la Armelina y la Eufemia, reflejos de Italia con españoles cambiantes, y aún más que esto le cautivaban y seducían los pasos inmortales de este primer Lope, víspera del otro Lope y abuelo de Molière. En medio de la tiesura y almidonamiento que a la poesía de los grandes sevillanos y de los grandes castellanos agarrotaba, entre imitaciones de los clásicos latinos y griegos y sacras reminiscencias de la Biblia, con que empedraban sus versos y empañaban los rayos súbitos de su inspiración, a vueltas de esa literatura oficial y de oficio, ensalzada como cosa de escuela y consagrada como cosa de iglesia, la franca, la humana, la restallante carcajada de Lope de Rueda venía a sonar en los oídos de Cervantes como la primera fresca voz del verdadero genio español, que al sol andaba y por las calles se movía, mirando y copiando la realidad como ella es: y por ante sus sombrados y regodeados ojos cruzaban el burlón Salcedo y el bobo Alameda, el ladrón Samuel y el hidalgo tramposo Brezano, el pedante y mísero doctor Lucio y el complaciente marido Martín de Villalba, su descocada mujer Bárbara y el agudo estudiante Jerónimo, la negra Cristina y el lacayo Vallejo, el rufián cobarde Sigüenza y su colérica coima Sebastiana, y por fin, las cuatro figuras eternas de Las aceitunas, donde sin acrimonia didáctica se muestra y castiga, entre risas y bromas, las ilusiones y vanas esperanzas de que nos mantenemos en el mundo (*Ibidem.*: 23).

Navarro Ledesma con aguda claridad entiende la lenta asimilación que Cervantes hace de la obra refrescante de Lope de Rueda. Incluso más: decisiva y fecundante. Es la primera vez que se establece, con amplitud, la relación entre un autor como Cervantes y un antecesor suyo. Este es otro de los méritos del trabajo de Navarro Ledesma. Leamos:

Lope de Rueda, creador del diálogo teatral en cuanto a la técnica, fue el Bautista del humorismo español, del cual Cervantes había de ser el Mesías. El claro, risueño y generoso concepto de la vida que el afortunado batidor de oro poseyó y expuso en los pasos era el positivo, el verdadero, el sano, el concepto copiado por Miguel en los entremeses, afinado en las Novelas ejemplares, magnificado y

sublimado en *El Quijote*. Lope de Rueda fue el aguijón de Miguel y de todos los grandes conocedores de la realidad baja y de la alta realidad. Pero no penséis que hubiera sido indiferente el que Miguel escuchase y viese representar a Lope de Rueda, como se ha dicho, en Segovia o en Córdoba o en Madrid. No; donde hubo de oírle y admirarle y prendarse de su talento y de la especial manera de su genio, fue en Sevilla, donde Lope, ya viejo, sacaría todos sus más variados y hondos recursos para sorprender y agradar a sus paisanos, a los que le habían conocido pobre oficial, laminando panes de oro; en Sevilla, donde cielo y suelo, aire y habla regocijan el ánimo, y la muerte y la miseria son ocasión de burlas y nada hay absolutamente irreparable. No en otro sitio apreció y admiró Miguel a aquel hombre sin par, que «con cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras metidas en un costal, y con cuatro cayados y una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte a otra» iba con la fuerza de sus carcajadas despertando al espíritu español, que roncaba soñando caballerías guerreras y místicas aventuras. Siglos de pesadumbres y desdichas pasaron por cima de Cervantes, y el manco sano, hallándose en conversación de amigos donde se trataba de comedias, y siendo el más viejo de los presentes, rumiaba gustoso la impresión que, muchacho, le causó el ver representar a Lope de Rueda. Bien claro está cómo se le quedó albergada en el corazón desde entonces para siempre la más alta calidad literaria, la que solo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad a Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva a los hombres del olvido (*Ibidem.*: 23).

Si biográficamente es posible destacar que la estancia en Madrid del joven Cervantes es cierta, antes de iniciar sus relaciones literarias en el Estudio del maestro Juan López de Hoyos, no es gratuita la suposición de las lecturas que por entonces se propuso como lo entiende Navarro Ledesma al escribir lo que sigue, si tenemos en cuenta que son los temas pastoriles y platónicos los que tocan en un principio su escritura:

Pronta la risa, larga la mano, bailando de curiosidad los ojos, vuelve Miguel con su familia a Madrid: maleta no tiene, pero en las faltriqueras lleva lo que ha menester. ¿Sabéis lo que es? Un *Amadís de*

Gaula y una *Diana* de Jorge de Montemayor; ¿supondréis temerariamente si os imagináis que entre las hojas de estos dos libros no hay pedazos de papel escriboreados de versos y ennoblecidos por tales o cuales declaraciones amorosas donde los viejos conceptos de Platón aparecen alambicados en señoriles endecasílabos de acentuación imperativa y dura? (*Ibidem.*: 23).

A manera de síntesis y teniendo en cuenta la época de escritura de Navarro Ledesma, nos es posible señalar lo que ya dos ilustres hombres del siglo XIX destacaron, cada uno por su lado, con una solvencia de indiscutible actualidad. El poeta alemán Novalis (Georg Friedrich Philipp Freiherr von Hardenberg) escribió: el hombre es una metáfora. Y el fundador de la teoría de la historia, otro alemán, Carlos Marx, refiriéndose al método señaló: la realidad es una metáfora que es necesario interpretar, de ahí la necesidad de la ciencia, para llegar, por un camino difícil y escabroso, al conocimiento. Este planteamiento es el que nos permite pensar en la convergencia de ficciones. La realidad solo existe cuando es nombrada, decimos hoy. Diálogo o sinfonía de metáforas.

La relación amistosa y cercana de la familia de Cervantes con Getino de Guzmán permite considerar que el muchacho alcalaíno algo tuvo que ver, por sugerencia suya, con los encargos que a este hombre se le encomendó como fueron la organización de ciertas festividades. Navarro Ledesma lo entiende y narra así:

Getino de Guzmán era un buen amigo de la familia (de Cervantes) y, sin duda, estimó grandemente el ingenio de Miguel, sus salados prontos y la soltura con que versificaba. No era entonces el levantar un arco o poner una colgadura mera faena de carpintero y tapicero, sino que para ello se necesitaban singulares dotes retóricas, gran conocimiento de la mitología pagana y todo lo demás concerniente a la elaboración de simbólicas cartelas y de alegóricos figurones, en cuya consideración pasaban los cortesanos horas y horas y los poetas y críticos tenían pie para burlas y sátiras. Probable es que Miguel compusiera algunos de los versos que adornaron los arcos alzados en 1567 por el feliz alumbramiento de la reina; casi seguro que acompañó a Getino de Guzmán, su buen

amigo, en todo el atareo de holgorios y diversiones oficiales con que andaba siempre afaenado (*Ibidem.*: 32).

Después de leer las desconfianzas o descalificaciones de la manera como el maestro Juan López de Hoyos se refiere a su alumno, sustentadas sobre todo por el insistente Martín Fernández de Navarrete, Navarro Ledesma ofrece otra lectura de ese encuentro, amistad y relación literaria. Es apenas elemental pensar que si el maestro López de Hoyos elogia a aquel joven al reconocerlo como *mi caro y amado discípulo*, no es solo por los poemas que presenta en la Relación, gracias a que lo conoce, lo ha escuchado, está enterado de sus inquietudes, sabe de sus lecturas e intereses literarios. De ahí que la lectura de Navarro Ledesma sea más cercana a la verdadera relación entre el potencial escritor que aquel orienta y su propia labor creadora:

Miguel iba de día en día creciendo en ingenio y fertilidad de pensamiento y palabra. Asistía al estudio de la villa, donde recibía primeramente las lecciones del licenciado Francisco del Bayo, quien por 25.000 maravedís de sueldo y dos reales mensuales que pagaban los alumnos pudientes, leía gramática. Hacían la contra al estudio de la villa los teatinos, quienes intentaron llevarse los 25.000 maravedís y enseñar gratis; pero la villa acordó sacar a oposición la plaza, y en ella fue proveído, tras cuatro días de lecciones y argumentos, el maestro Juan López de Hoyos, protegido del omnipotente don Diego de Espinosa y varón de gran prudencia y de singular doctrina.

Las relaciones cortesanas, por López de Hoyos escritas, no nos permiten imaginarnos su figura y persona, en realidad, como algo distinto de lo que entonces solían ser los maestros y preceptores de gramática, y, sin embargo, veneramos y reverenciamos a este maestro con harta razón, pues sabemos que fue la suya una vida clara y provechosa, y nos conmueve y nos lleva a alabar su memoria el hecho de haber sido él quizá, después del avisado alguacil Getino de Guzmán, el primero en calar y conocer lo que de Miguel podía esperarse; y, en medio de la ingratitud y del despego con que tantos hombres, al parecer ilustres, abrumaron a Cervantes,

vibran conmovedoras y dulces en nuestros oídos aquellas palabras del venerable clérigo de San Andrés a Miguel referentes: *mi caro y amado discípulo*. Poco amará a Cervantes quien no ame al maestro López de Hoyos y no sienta un escalofrío de gratitud y de filial afecto, al recordar esos dos bienhechores y elocuentes adjetivos *¡Mi caro y amado discípulo!* ¿Qué honor más grande que este podía soñar el honrado maestro, como premio a su vida laboriosa?

Era entonces la clase de Gramática lo que hoy se llama en todos los planes de estudios composición. No iban los alumnos tan solo a escuchar inconscientes la lectura y a repetir la lección con mecánico sonsonete. Componían todos, cuál en prosa, cuál en verso, temas que el maestro señalaba. Ninguno en aquel tiempo lo hizo mejor que Cervantes. Oyéndole hablar, leyendo sus versos primerizos Juan López de Hoyos sentía la santa complacencia del maestro a quien sus discípulos honran en vida y prometen gloria después de la muerte.

Miguel adquiría poco a poco, en esa edad perturbadora de los veinte años, lo que más necesita el hombre, la conciencia de su propio valer, que desde entonces no le abandonó jamás, ni en medio de las mayores tristuras y adversidades. Así, desde muchacho, crió la serenidad y altura de pensamiento, la clareza y precisión de palabra que habían de salvarle la vida y hacerle admiración de los siglos (*Ibíd.*: 32,33).

Nos encontramos con un biógrafo que para explicarse la relación de los Cervantes con los italianos insta al lector a enterarse de por qué llegaron a España aquellos también peninsulares. Con serena precisión acota las circunstancias en las cuales se encontraba aquella España cuya burguesía no estaba *activa y despierta* para entender y asumir el intrincado mundo de los negocios. Con pulcra exactitud indica que los venidos italianos aprovecharon la circulación del dinero en España –traídos el oro y la plata de América, y convertidos en circulante– a su favor y cómo saben entremeterse con audacia en las urdimbres de poder. Además de la precaria presencia cultural que aportaron en esos días. Los describe Navarro Ledesma con sustantiva precisión. Y se permite, gracias al

método empleado, establecer un sucinto diálogo de los poetas latinos con el no lejano lector de ellos que fue Cervantes. Todo lo contrario. Ellos lo marcaron, sabemos, decididamente:

Desde que Madrid fue corte, y a medida que iban afluyendo a ella las casas grandes de toda España y las riquezas que en pasados tiempos se desparramaban por la nación o se escondían, temerosas de las inconsideradas peticiones del César, una nube de italianos cayó sobre la villa. No hacía un siglo que los moros fueron arrojados de España, y la tierra intranquila, faltos de seguridad los caminos y aun las calles, ocupada la grandeza en las guerras constantes o en la ociosidad, que llegó a ser una ocupación verdadera, malviviendo pobremente el pueblo mísero, toda la balumba de los negocios que en una poderosa y agitada nación se desenvuelven, no encontró una burguesía activa y despierta, capaz de consagrarse a ellos. Comenzaba entonces la industria del dinero a sobreponerse a todas las demás industrias. Expulsados los judíos, y con ellos todas las malas y buenas artes de la finanza, pronto ocuparon sus sitios los sagaces, los astutos, los amorales comerciantes y banqueros venidos de las plutocráticas señorías y de los opulentos ducados de Italia, y en particular, de Génova, de Florencia y de Milán. Italia era un Argos que tenía cien mil ojos abiertos en España; nos chupaba el dinero, nos intervenía los negocios de toda clase, nos perturbaba la política, nos husmeaba los secretos domésticos, y suavemente, desfigurados, según su conveniencia particular, los difundía en pérvido susurro por toda Europa. Los florentinos y genoveses de Sevilla, de Valencia, de Barcelona, manejaban a su gusto y desviaban a su placer las canales maestras, los alcorques, las tornas, por donde circulaba el dinero de España y de América (*Ibidem.*: 35). (Abunda la bibliografía al respecto).

Los apuntes psicológicos sobre los italianos no dejan de ser interesantes dado que explican las relaciones de algunos de ellos con los Cervantes:

Entretanto, los embajadores acreditados en la corte y los secretos ministros y agentes que en ella mantenían los Estados de Italia

entremetíanse y deslizábanse como escurridizas sierpes por todas partes. El astuto y dúctil carácter de los italianos, la facilidad de su idioma y la maña y buena gracia que se dan para todos los oficios de la destreza mundana y social, y hasta para todas las artes de manual habilidad les abrían las puertas, y cuando uno de ellos veía una puerta abierta ante sí, en breve era dueño de la casa o por lo menos de la parte explotable y aprovechable de ella. Medio jesuitas, medio masones, los italianos de Madrid se entendían muy guapamente unos con otros, y el regatón o el percancero que vendía baratijas en una batea junto al atrio de San Pedro o de San Andrés, sabía muy bien ser útil y entenderse pronto con el embajador veneciano cargado de joyas y revestido de recamados ropones. A cambio de esta especie de constante y dilatada inspección policiaca, nos traían los italianos un poco de literatura, de que ellos estaban hartizos, y unas migajas de su riqueza pictórica y escultórica para aderezar las frías y enormes paredes del Escorial. Hombres de una actividad pasmosa y de increíble aguante, se avenían a ser hoy pasteleros y mañana secretarios áulicos de algún príncipe a quien el día anterior raparon las barbas o prestaron cien florines. Los graves hidalgos madrileños les miraban por encima del hombro. Los grandes de España aparentaban no sospechar su existencia siquiera, y así ellos vivían, crecían, se enriquecían y una mañana tomaban el portante, hecha la pacotilla, y no se les volvía a ver.

De estos italianos conocía muchos la familia de Cervantes, ya fuera por el oficio del cirujano Rodrigo, ya por sus relaciones con los de Sevilla. Concurrían a la casa un Pirro Boqui, romano, un Francisco Musaqui, florentín o milanés, un Santes Ambrosi, florentín, que siempre miró con ojos codiciosos la hermosura de doña Andrea (*Ibidem.*: 33, 34).

Un aspecto destacable de las anotaciones de Navarro Ledesma es la manera como Cervantes entró en relación con la lengua, la tierra y los italianos...

La liberalidad de Locadelo mejoró la existencia de los Cervantes y engendró en Miguel la simpatía entusiástica más tarde, que siempre tuvo a Italia y a los italianos. Posible es, que, en las conversaciones

con los que a su casa concurrían, aprendiese de la lengua toscana lo bastante para regalarse el oído con las marciales octavas del Ariosto, a quien de por vida adoró. Ariosto era el último gran poeta de las Caballerías andantes, como Lucano había sido el primero. Bien se le alcanzaba a Miguel cómo el Orlando era la cumbre y desde ella no se podía hacer sino bajar rodando y despeñarse o bajar paso a paso riendo, manera de bajar que vale más que subir (*Ibidem.*: 35).

La inconfundible avidez literaria del joven alcaláino le permite pensar a Navarro Ledesma que la relación de su familia con los italianos que menciona fue un punto de partida para que el futuro escritor iniciara su cercanía con la lengua toscana y se le dispusiera, más adelante, su embriagante y decisiva literatura que lo enriquecerá y, sobre todo, llevará a transformar su propia lengua, la castellana. Nada más y nada menos.

Los primeros poemas de Cervantes

Los siguientes datos aunque son referidos al mismo suceso que anotan los anteriores biógrafos, son tratados, en este caso, de manera diferente y con mayor precisión. Destaca el hecho de que, en base a textos fundamentados por la propia escritura del maestro Juan López de Hoyos, leídos en los *Documentos cervantinos* (1897–1902), reunidos por Cristóbal Pérez Pastor, Navarro Ledesma atestigua, por primera vez, que los estudiantes de este respetado y reconocido instructor habían escrito con soltura muchas Oraciones fúnebres, Elegías, Estancias y Sonetos. Estos trabajos nunca se imprimieron, aunque fueron conocidos entre los alumnos, razón por la cual ellos y el maestro decidieron que fuera el compañero Cervantes el que escribiera los versos castellanos *lamentando la regia desgracia* que embargó a la corte. Con estas precisiones el biógrafo propone otra lectura de lo que otros habían pretendido entender sin lograrlo a cabalidad:

A los dos meses y medio de muerto el príncipe, murió también la joven reina doña Isabel de Francia, mujer de Felipe II, a quien este recibió en sus brazos siendo casi niña y se la devolvió al cielo cuando ella aún no había cumplido veintiún años.

Ambos tristísimos sucesos, no solo dieron mucho que hablar al vulgo, pero también no poco que hacer a la musa oficial del buen maestro Juan López de Hoyos, a quien su protector el ya Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal, don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, presidente del Consejo Real, inquisidor apostólico general, etcétera, etcétera, encargó una Relación de la muerte y honras fúnebres del S. S. Príncipe don Carlos, hijo de la Majestad del Católico Rey don Felipe II, Nuestro Señor en la que el maestro pasó trabajando todo aquel verano, y que se acabó de imprimir en casa de Pierre Cosin, tipógrafo francés que habitaba a espaldas del convento de la Victoria, donde hoy es la calle de Espoz y Mina, a 5 de noviembre de aquel año. Aprobó la obra fray Diego de Chaves, dominico, confesor del príncipe don Carlos, a 9 de octubre. Declara el maestro López de Hoyos que él compuso los epitafios, hieroglíficos y versos en el poco tiempo que de mis ordinarias lecciones y estudio me queda, con harta brevedad de tiempo (lo cual deseo advierta mucho el pío lector), y manifiesta que ultra de lo sobre dicho en nuestro estudio, los estudiantes hicieron muchas Oraciones fúnebres, Elegías, Estancias, sonetos muy buenos con que dieron muestra de sus habilidades. No se imprimieron los versos de los alumnos y por ello no conocemos las primeras obras de Cervantes que en público fueron leídas, pero, indudablemente, dieron tanto gusto a quien las conoció y, en particular el maestro López de Hoyos, que al llegar, muy en breve, la triste ocasión de la muerte de la reina, el maestro, y aun todo el estudio (que entonces no se hacía nada en clase sin contar con los discípulos), acordaron fuese Miguel quien escribiera los versos castellanos lamentando la regia desgracia.

Figuran estos versos en la Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois nuestra señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios a su túmulo, etc., etc., impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid en casa de Pierre Cosin, año 1569. “Ha hecho discretamente el Maestro López”—dice fray Diego de Chaves en la aprobación del libro—“en poner aquí algunos Sermones de los que a este propósito se han predicado, porque son de muy buena doctrina y aunque están en

vulgar, ninguna ocasión tomará dellos el pueblo para hacerse bachiller, como de algunas cosas semejantes él se la suele tomar...” (Ibídem: 36).

Es apenas elemental y necesario transcribir una información tan puntual para acreditar el trabajo del maestro Juan López de Hoyos, los ejercicios de sus alumnos, la labor y encargo que se le hiciera al joven Cervantes.

Justicia poética para el poeta: una primera lectura moderna de la poesía de Cervantes

Por primera vez nos encontramos con un lector, desde la escritura de un biográfico de Cervantes, que se ocupa de la poesía del alcalaíno llamando a la necesidad de dejar atrás las ideas de los necios que, sin apoyo de una indispensable finura crítica, estética, poética y literaria, en los sentidos sincrónico y diacrónico, no han entendido nada, o muy poco. Por ello llama la atención que hubiese sido Navarro Ledesma quien proponga el necesario estudio y análisis de los primeros poemas de Cervantes, al mismo tiempo que exige que se tenga en cuenta la poesía de encargo y de tema impuesto y su reflexión comparativa con las del mismo tono en esa época en las que se escribieron los textos cervantinos. Si bien el llamado era de urgente prontitud a la crítica especializada, el mismo biógrafo no le dedica, poseyendo los elementos, el espacio necesario para una lectura redefinidora de aquellos poemas primerizos del alcalaíno. Apenas se refiere a una comparación del joven poeta con fray Luis de León, lo que sin un análisis concreto no pasa del elogio, en principio, desmesurado. Lo mismo sucede con su entusiasta comparación con Homero. Se observa, a primera vista, un salto de la denostación al elogio precipitado, y hasta cierto punto, juvenil.

Lo significativo del elogio no es el propósito en tanto tal, pues, no cuenta con la debida sustentación, sino el llamado al estudio de los poemas que aparecen en la mencionada *Relación*, superando, cuando se realice, la acertada indicación de lo que llamaríamos precariedad, tacañería o insuficiencia de los oficiosos difamadores del poeta Cervantes:

Tanto han repetido unos cuantos majaderos, faltos de finura crítica y de todo olfato artístico, la ridícula opinión de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el maestro fray Luis de León a la muerte del príncipe don Carlos:

Quien viere el suntuoso
túmulo al alto cielo levantado.

y su famoso epitafio:

Aquí yacen de Carlos los despojos...

Que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien a las orejas habituadas a él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del maestro León entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiera exigido que elaborase un soneto, una redondilla o sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida, en nombre de todo el estudio, al cardenal don Diego de Espinosa, la cual por cierto comienza con estos tres versos de gran poeta:

*¿A quién irá mi doloroso canto,
o en cuya oreja sonará su acento
que no deshaga el corazón en llanto...?*

El triunfo de Miguel fue, a no dudar, grandísimo, cuanto podía serlo en ocasión tan famosa. Se hombreaba aquel poeta principiante con su propio maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Coriano y con otros escritores de nota y autoridad. Justificado era ya el orgullo del maestro López de Hoyos. Su caro y amado discípulo daba seguro y firme el primer paso, tratando

«cosas harto curiosas con delicados conceptos» y «usando de colores retóricos». Reparad en este singular elogio. Entonces, no había elegía ni canción buena si el autor no ponía en ella conceptos y colores retóricos. Recorred las obras mejores, las más celebradas y populares de fray Luis de León, apartad las estrofas en que sentís arder la misteriosa llama y hallaréis en lo demás conceptos y más conceptos (*Ibídem.*: 37,38).

Si bien se distancia de los que no han entendido lo obra poética de Cervantes y menos de establecer las relaciones entre prosa y poesía, nuestro escritor se va al otro extremo, y sin mediar un estudio crítico y un análisis literario, exalta la poesía de Cervantes.

Lo que podemos destacar es que con el entusiasmo de F. Navarro Ledesma las puertas para posteriores trabajos literarios se abren, como en efecto ha sucedido.

Breve y merecido reconocimiento al maestro Juan López de Hoyos

El solo llamado a leer los poemas incluidos en la *Relación* del maestro Juan López de Hoyos a la muerte de Isabel de Valois y compararlos con otros de su género para establecer la calidad, es una idea de elemental consideración. Los anteriores biógrafos habían mirado los poemas que allí se leen con mediana simpatía y elogiando más la acción del maestro que la del alumno. Los comentarios de Navarro Ledesma son el primer llamado de atención que pone en cuestión lo escrito sobre los primerizos poemas cervantinos. Las consideraciones literarias son, obvio, propias del análisis de los estudiosos. Leamos, por el momento, a este avisado lector que Navarro Ledesma:

Así, pues, no erró ni exageró en sus alabanzas el maestro López de Hoyos: Miguel de Cervantes era ya un gran poeta que a los veinte años saltaba a la más alta cima del Parnaso. Y bueno será que ahora, pasados tres siglos y medio, hagamos memoria de sucesos más recientes y, pues Miguel se reveló como gran poeta con motivo de un funeral, no olvidemos a aquel otro poeta grande del siglo XIX, que brincó a la celebridad también a los veinte años y

en un entierro. Y no será malo que comparéis la elegía de Zorrilla, del gran Zorrilla, a la muerte de Larra, con la elegía de Cervantes, de nuestro gran Cervantes, a la muerte de la reina doña Isabel de Valois. Nació Cervantes, como Zorrilla, gran poeta en verso, pero el discurso de su vida y la superioridad de su genio le forjaron gran poeta en prosa. Parad siempre la atención en esos adolescentes pálidos que leen o escriben versos al borde de las tumbas de poetas desventurados o de princesas muertas en la juventud, y no os fijéis mucho en lo que dicen, que acaso no valga nada, sino en cómo lo dicen y en cómo lo sienten. Un verso solo que en esa primera obra febril haya bueno tal vez es la llave que les abre la puerta de la inmortalidad (*Ibidem.*: 38).

La comparación de las elegías de Cervantes y Zorrilla tiene su importancia siempre y cuando sean sometidas al análisis. De lo contrario no pasa de ser un elogio entusiasta para el biografiado y para el poeta español, que seguramente seducía los oídos románticos de aquel joven escritor.

Dos cosas quedan claras: Una, desde aquellos primeros poemas, Cervantes, es un poeta; y, otra, que su maestro, López de Hoyos, no se equivocó al presentarlo como tal. Estudios recientes acreditan lo que indicamos (Alvar Ezquerro: 101,136).